Davide Palazzo

TRES DÍAS DE AGOSTO

De Santander a Linares

TRES DÍAS DE AGOSTO

De Santander a Linares

Esta recreación histórica sigue, con voluntad literaria y apoyatura documental, las últimas setenta y dos horas de Manuel Rodríguez Sánchez, *Manolete*, desde su llegada a Santander para la Corrida de Beneficencia del 26 de agosto de 1947 hasta la cornada de Islero en Linares y la muerte del torero en la madrugada del 29. No se presenta al personaje como un héroe abstraído en la leyenda, sino como un hombre agotado por la temporada, todavía proyectado hacia el futuro, que viaja de hotel en hotel y de plaza en plaza mientras comienza a imaginar una vida distinta después del toreo.

La narración sigue el itinerario de aquellas jornadas —Santander, Madrid, Manzanares y Linares— y reconstruye la atmósfera de los hoteles, la carretera nocturna, la conversación con Antonio Bellón, la última entrevista en el Hotel Cervantes, la rivalidad soterrada con Luis Miguel Dominguín, la corrida de Miura y las horas dramáticas del hospital. El relato combina hechos documentados, testimonios de época y recreación narrativa prudente, evitando el diálogo telegráfico y las simplificaciones melodramáticas.

Esta edición prescinde deliberadamente de las imágenes documentales en el interior y conserva únicamente la imagen de cubierta. El objetivo es ofrecer una versión esencialmente textual, apta para distribución cuando se prefiera evitar posibles reclamaciones relacionadas con derechos de reproducción gráfica. Entre capítulos se mantienen breves fragmentos poéticos dedicados a Manolete, siempre con cita de su autor, entre ellos Agustín de Foxá, Adriano del Valle, Alfredo Marqueríe, Gerardo Diego, José García Nieto y Rafael Duyos.

Las fuentes principales de esta edición son el dossier histórico aportado al proyecto, el número extraordinario de *El Ruedo* del 4 de septiembre de 1947, el estudio «Manolete: última entrevista, última crónica, penúltimo recuerdo» y los materiales gráficos facilitados por el autor. En los puntos sometidos a controversia —la hora exacta de la muerte, el papel del plasma, determinados testimonios retrospectivos o la presencia de Lupe Sino en los momentos finales

— se ha seguido el criterio más prudente y mejor sustentado por la documentación disponible.

I. El mar al otro lado de los cristales

«Córdoba, al pie de su sierra. Allí naciste torero…»

Adriano del Valle, «A Manolete»

La víspera de la Corrida de Beneficencia, Santander tenía esa claridad cambiante que al final de agosto permite ver en una misma tarde el verano y su cansancio. El mar se extendía frente a la ciudad con un color de acero lavado, y el aire que llegaba desde la bahía entraba por las calles sin pedir permiso, levantando alguna falda, moviendo los toldos de los cafés y llevando hasta el Sardinero un rumor de puerto que nada tenía que ver con la sequedad de Córdoba. Manuel Rodríguez Sánchez llegó acompañado por José Flores «Camará» y por los hombres de su cuadrilla, como llegaba ya a casi todas partes: rodeado de una pequeña organización que convertía cada desplazamiento en una mezcla de viaje profesional, ceremonia pública y huida imposible de la curiosidad.

El Hotel Real era uno de los grandes escenarios civiles de aquella ciudad que todavía conservaba el brillo de las temporadas regias. Allí no sorprendía la presencia de políticos, industriales, artistas o toreros de fama, pero Manolete poseía una notoriedad que alteraba discretamente el funcionamiento de los lugares. Un empleado avisaba a otro; algún huésped prolongaba una conversación junto a la recepción; las miradas seguían al hombre alto, delgado, serio, que avanzaba sin ostentación y con un cansancio que ya no podía esconderse del todo. La memoria periodística situaría su alojamiento en la habitación 411, en el cuarto piso, con acceso a una terraza donde podía respirar sin que nadie le pidiera una firma, una fotografía o una opinión sobre el último toro de la última plaza.

Manolete salió un rato al exterior. El aire fresco le sentó bien. Desde allí la ciudad parecía ordenada y tranquila, ajena a la aceleración de una temporada taurina que para él había dejado de ser una sucesión de fiestas para convertirse en una cadena de obligaciones. Había reaparecido después de la cornada sufrida en Madrid en julio, había vuelto a encontrar públicos que le exigían como si el dolor

no tuviera memoria, y en las últimas semanas la presencia de Luis Miguel Dominguín había añadido una nueva presión. El muchacho era ambicioso, inteligente y estaba dispuesto a convertir cada coincidencia en un plebiscito. Manolete no necesitaba despreciarlo para sentir el desafío. Sabía mejor que nadie que la cima sólo parece ancha cuando se mira desde abajo.

Camará conocía aquella fatiga. Había visto a su torero hacerse famoso hasta convertirse en un personaje nacional, cruzar el Atlántico, conquistar México y regresar a España con una aureola que a veces pesaba más que los propios contratos. Por eso procuró que en el hotel se respetara el descanso. Las visitas, sin embargo, eran parte del oficio. Siempre aparecía alguien que conocía a alguien, un aficionado que llevaba años soñando con estrecharle la mano, un periodista que necesitaba una frase para cerrar una columna o un curioso que sólo quería comprobar que aquel rostro de los periódicos era verdaderamente tan largo y grave como en las fotografías.

Manolete hablaba poco, pero su silencio no era vacío. Escuchaba, asentía, sonreía de cuando en cuando y dejaba que Camará resolviera lo que no exigía su intervención. Cuando por fin pudo quedarse a solas, volvió a la terraza. En la bahía se encendían luces. Pensó en la corrida del día siguiente, naturalmente, porque un torero piensa en el toro aun cuando se obliga a no pensarlo. Pero no hubo profecías ni sombras que le anunciasen la muerte. Había preocupación profesional, la que corresponde a quien sabe que el público compra una entrada para verlo vencer y no para conocer las razones de su cansancio.

Aquel hombre de treinta años tenía planes. Había hablado más de una vez de reducir drásticamente la temporada, de descansar, de ordenar su vida. También estaba Lupe Sino, y con ella la posibilidad de un matrimonio que provocaba resistencias familiares y comentarios maliciosos, pero que para él significaba algo mucho más sencillo: la idea de una casa que no fuese un hotel y de unas mañanas en las que no hubiera que preguntar cuántos kilómetros quedaban hasta la próxima plaza.

Dentro de la habitación, los trajes de luces esperaban doblados con la impersonal paciencia de las cosas. Para Santander se prepararía el blanco y oro. En aquel momento no era una reliquia ni un símbolo. Era únicamente el vestido elegido para una tarde de toros. La historia convertiría después cada objeto de aquellas jornadas en una pieza de un altar laico, pero esa noche los hombres todavía vivían hacia delante y no hacia el recuerdo.

La estancia en Santander permitía además mostrar una faceta que la fotografía taurina suele ocultar: la relación de Manolete con los lugares en los que apenas estaba unas horas. Los hoteles se parecían unos a otros, pero cada ciudad intentaba apropiarse de la presencia del ídolo. Un camarero recordaría durante años la forma en que pidió un café; un botones contaría que había llevado su maleta; un aficionado conservaría una tarjeta firmada como si fuese un documento de familia. Esa multiplicación de recuerdos explica por qué, después de su muerte, surgieron tantos detalles contradictorios. Cada testigo poseía una verdad pequeña y tendía a convertirla en la verdad completa.

Santander tenía para él una distancia adicional: estaba lejos de Córdoba y lejos también de los escenarios donde su leyenda se había forjado con mayor fuerza. El Cantábrico, los jardines del hotel y la elegancia un poco melancólica del Sardinero componían un decorado ajeno a la cal de las casas cordobesas. Esa extranjería interior quizá le permitía descansar mejor. Nadie de su cuadrilla necesitaba recordarle que al día siguiente la plaza estaría llena; bastaba con el cartel y con el nombre de Beneficencia para saber que el compromiso no era menor.

En algún momento de la tarde, mientras la luz se retiraba de la bahía, Camará repasó con Guillermo la logística de los días siguientes. Madrid era la escala inmediata; Linares esperaba el 28; más allá había todavía otros planes que, en ese instante, continuaban escritos en agendas y contratos. La muerte no había borrado aún ninguna fecha. Es importante conservar esa agenda invisible porque devuelve a Manolete a la condición de hombre vivo: quien organiza la semana siguiente no se comporta como quien se sabe condenado.

La noche terminó sin solemnidad. El hotel fue apagando luces y la ciudad redujo su ruido. Manolete se acostó con el cansancio físico de la carretera y con esa tensión profesional que los toreros aprenden a reconocer sin nombrarla. Al cerrar los ojos no vio a Islero, cuyo nombre todavía no significaba nada para él, sino quizá la plaza del día siguiente, el blanco y oro preparado y el deseo elemental de que los toros embistieran para poder hacer su oficio.

II. La mañana de la Beneficencia

«Yo saludo al torero más valiente del ruedo.»

Agustín de Foxá, «Poema a Manolete»

La mañana de la corrida comenzó tarde para Manolete, como tantas mañanas de torero. Quien viajaba de noche, dormía mal y debía vestirse para comparecer ante miles de personas había aprendido a descansar cuando el cuerpo lo permitía y no cuando lo ordenaba el reloj. La prensa santanderina recordaría que permaneció dormido hasta cerca del mediodía y que, cuando por fin se anunció que estaba despierto, pidió un desayuno sencillo: tortilla francesa, bizcochos y leche azucarada. La imagen es doméstica y por eso mismo resulta reveladora. Detrás del mito había un hombre que necesitaba comer algo suave antes de una tarde en la que su oficio consistía en colocarse a unos centímetros de los pitones de un toro.

La habitación fue recibiendo visitas. Algunas tenían una razón concreta y otras pertenecían al protocolo espontáneo que rodeaba a las grandes figuras. Manolete soportaba con cortesía aquella invasión, aunque la popularidad nunca le había gustado. No era desdén hacia el público, sino incomodidad ante la sensación de no poseer una intimidad completa. Cualquier frase podía reaparecer al día siguiente en un periódico; cualquier gesto se convertía en una prueba de carácter; cualquier cansancio era interpretado como decadencia. Aquella mañana, sin embargo, Santander lo trató con una mezcla de respeto y curiosidad que no llegó a incomodarlo demasiado.

Camará repasó con Guillermo los detalles de la tarde. El cartel reunía a Juanito Belmonte, Manolete y el peruano Raúl Acha «Rovira», con seis toros de Rogelio Miguel del Corral. Se trataba de la Corrida de Beneficencia, festejo con un componente social que añadía solemnidad al compromiso. En la calle, el cartel estaba pegado en escaparates y paredes; en los cafés se comentaban los toros, los precios de las localidades y la posibilidad de que Manolete ofreciera una de esas faenas que justificaban por sí solas la tarde.

Antes de vestirse, el torero comió de nuevo algo ligero y descansó unos minutos. Luego la habitación cambió de naturaleza. Allí donde antes había una cama, una mesa y un hombre en camisa comenzó la ceremonia de los toreros: medias, taleguilla, camisa, corbatín, chaleco, fajín, tirantes, chaquetilla. Guillermo ayudaba con la precisión de quien ha repetido cientos de veces los mismos gestos y sabe que un pliegue mal colocado puede convertirse en una molestia insoportable cuando el cuerpo necesita moverse con libertad. El blanco y oro fue tomando forma sobre la figura del cordobés.

El momento de rezar permanecía fuera del ruido. En Manolete la fe católica no era una fórmula añadida al ceremonial taurino ni una superstición destinada a conjurar la desgracia, sino una convicción íntima, profunda y sobria, semejante en su expresión al propio carácter del torero. Quienes lo trataron de cerca conocían la singular devoción que profesaba a la Virgen de los Dolores, a la que *El Ruedo*, pocos días después de su muerte, llamaría expresamente «su mayor devoción» y, en otro recuerdo sobre sus visitas a Córdoba, «su devoción más honda». Antes de terminar de vestirse acostumbraba a recogerse y rezar especialmente ante aquella advocación, un hábito tan arraigado que formaba parte de la preparación tanto como el ajuste de la taleguilla o el repaso de los estoques.

Córdoba estaba inevitablemente dentro de esa religiosidad. La Virgen de los Dolores de la iglesia de San Jacinto, en la plaza de Capuchinos, pertenecía a su geografía sentimental, y cuando las obligaciones de la temporada se lo permitían acudía a visitarla. En los hoteles y en las plazas, lejos de su tierra, conservaba la misma disposición interior. Aquella tarde santanderina no hubo en su oración despedida ni presentimiento alguno: hubo la sencilla continuidad de un hombre creyente que sabía que su oficio lo colocaba ante un riesgo que ni la técnica ni el valor podían suprimir por completo y que, precisamente por eso, confiaba a Dios lo que quedaba fuera de sus manos.

Cuando estuvo listo, salió de la habitación y recorrió el hotel acompañado por su gente. Una camarera le deseó suerte. El recuerdo posterior atribuyó al torero una respuesta sencilla, casi inevitable en alguien que se disponía a lidiar: que Dios le diera mucha. La frase adquiriría después un tono de presagio que entonces no tenía. Los hombres vivos no saben qué palabras serán subrayadas por los muertos.

El automóvil tomó el camino de la plaza de Cuatro Caminos. Santander

estaba animada por las fiestas. El aire había perdido algo de la frescura de la mañana y sobre la ciudad se extendía una luz clara. En los alrededores del coso se mezclaban vendedores, coches, aficionados llegados desde distintos puntos de la provincia, familias que habían hecho de la corrida el centro de la jornada y jóvenes que repetían nombres de toreros con la suficiencia de quien cree poseer un secreto técnico.

Manolete miró por la ventanilla. No podía saber que aquella sería la última plaza de toros de la que saldría andando. Para él era otra tarde, y precisamente por eso tenía que ser importante.

La vida en torno a una figura taurina estaba organizada por una serie de pequeños oficios que raras veces aparecían en la crónica. Guillermo no se limitaba a llevar espadas: cuidaba los vestidos, comprobaba los utensilios, anticipaba necesidades y se mantenía lo bastante cerca para intervenir sin invadir la concentración del maestro. Chimo cumplía funciones semejantes. Camará, por su parte, negociaba con empresarios, filtraba visitas y administraba una carrera que generaba dinero, pero también compromisos y tensiones. Manolete podía parecer solitario en el ruedo; fuera de él dependía de una comunidad de hombres que conocían cada una de sus costumbres.

Ese entorno explica también la intimidad particular de los hoteles. Un torero se vestía ante varias personas y, sin embargo, conservaba zonas de silencio absoluto. La oración era una de ellas. Otra era el instante previo a ponerse la montera, cuando la conversación solía disminuir y cada uno parecía recordar que todo el trabajo de la mañana desembocaba en un lugar donde nadie podía sustituir al matador. Los ayudantes podían recomendar, avisar, sacar al toro de un quite o recogerlo del suelo; la decisión final, delante del animal, pertenecía únicamente a él.

A Manolete lo habían acusado de frialdad precisamente porque economizaba la expresión. Quienes lo trataban de cerca describían otra cosa: afecto contenido, timidez, una sensibilidad que la vida pública había obligado a proteger. En la habitación de Santander esa diferencia se hacía visible. Ante desconocidos respondía con corrección y pocas palabras; con Guillermo o Camará podía mostrar cansancio, ironía o fastidio. No necesitaba construir una máscara deliberadamente: bastaba con reservar para unos pocos la parte de sí mismo que no quería ver reproducida en titulares.

Cuando el coche salió hacia Cuatro Caminos, la preparación quedó atrás. Desde ese momento cada gesto sería interpretado por miles de ojos. La plaza de toros posee esa crueldad democrática: el hombre más famoso del país y el último novillero quedan sometidos, en esencia, al mismo examen. Un toro que no embiste puede arruinar la tarde del primero tanto como la del segundo, y ningún prestigio consigue detener una cornada.

III. Cuatro Caminos

La plaza de Cuatro Caminos tenía el rumor de las tardes grandes mucho antes de que aparecieran los toreros. En los tendidos se acomodaba un público que había pagado por ver una figura en plenitud y que, como todos los públicos, llevaba consigo la memoria de otras faenas, las opiniones de los periódicos y el deseo de regresar a casa con algo que contar. Manolete conocía ese mecanismo y sabía que el crédito acumulado servía de poco cuando se abría la puerta de chiqueros. Una figura debía empezar de nuevo con cada toro.

El paseíllo permitió contemplar el blanco y oro bajo la luz de la tarde. A su lado marchaban Juanito Belmonte y Rovira. La corrida de Rogelio Miguel del Corral no iba a convertirse en una de aquellas gestas que luego se evocan durante décadas, pero sí exigiría oficio. El ganado resultó deslucido en conjunto, con dificultades que impedían la continuidad y obligaban a los toreros a trabajar más de lo que lucían. En su primer toro, Manolete encontró momentos para imponer la quietud y la verticalidad que habían revolucionado la percepción de las distancias. El público respondió cuando el animal pasó ceñido y el torero permaneció firme, aparentemente ajeno al riesgo que sostenía cada pase.

No era magia, aunque a veces lo pareciera. Había conocimiento de terrenos, colocación, temple y una voluntad casi obstinada de no retroceder. Esa forma de torear había creado una estética y también una condena. El público se acostumbró a verla y terminó considerándola un mínimo. Lo extraordinario, repetido demasiadas veces, se convierte en obligación. Manolete lo sabía y por eso insistía incluso cuando el toro no ofrecía materia suficiente para una obra redonda.

Mató después de una faena reconocida por los tendidos y recibió la vuelta al ruedo. El gesto del público tuvo más valor del que tendrían luego las estadísticas de orejas, porque expresaba que había entendido el esfuerzo. En el otro toro, más huidizo y reservado, el torero volvió a exponerse para extraer muletazos que no estaban disponibles a primera vista. Hubo palmas y ovaciones, pero no una apoteosis. Cuando regresó al callejón después de matar, la respiración le costó más de lo que quería admitir. Había aprendido a esconder ese cansancio. Un torero puede sentir miedo, dolor o fatiga; lo que no puede es convertirlos en

argumento ante el tendido.

La competencia con una generación más joven flotaba incluso en una tarde en la que Luis Miguel no estaba anunciado. Los aficionados comparaban. Los críticos medían. Cualquier corrida de Manolete era también una corrida contra los toros de los días siguientes y contra las faenas que Dominguín firmaba en otras plazas. Esa presión no se expresaba siempre en palabras, pero organizaba el verano de 1947.

Al terminar el festejo, Manolete atravesó el ruedo hacia la salida. Recibió aplausos. No hubo ceremonia especial, porque nadie tenía motivo para organizarla. El torero saludó con discreción y continuó andando. Años después, una lápida fijaría aquel instante como la última salida a pie de una plaza. Entonces sólo era el final de una corrida de Beneficencia.

Esa diferencia entre el hecho y su significado posterior es quizá la clave de las últimas jornadas. Todo lo que hoy parece inevitable fue, para quienes lo vivieron, una sucesión de decisiones ordinarias. Se escogió un hotel, se preparó un traje, se tomó un coche, se cumplió un contrato. No había un guion de tragedia escrito sobre la arena de Santander. Había un profesional exhausto que, una vez más, había respondido al público.

En el callejón, Guillermo se acercó con la ropa de calle y Camará hizo un comentario sobre el ganado. Manolete escuchó sin entusiasmo. Le molestaba no haber podido construir una faena más rotunda, pero sabía que el toro pone límites que ningún nombre puede eliminar. Salieron de la plaza mientras en los tendidos continuaban las conversaciones. Unos decían que había estado valiente; otros que lo habían visto más cansado; alguno aseguraba que seguía siendo el único capaz de quedarse quieto de aquella manera.

La tarde se cerró sobre Santander. El blanco y oro regresó al Hotel Real.

La Beneficencia de Santander tenía además un aire social que ampliaba el público más allá del aficionado especializado. En los palcos y barreras se reunían autoridades, familias conocidas, visitantes atraídos por las fiestas y personas que quizá acudían a una única corrida en todo el año. Para un torero como Manolete, esos públicos podían ser incluso más exigentes porque juzgaban por impresión y no por matices técnicos. La quietud, el pase ceñido y la estocada limpia se entendían sin necesidad de teoría.

A lo largo de la tarde, Manolete trabajó también con los silencios. Había aprendido que un ruedo no se domina únicamente con ovaciones. A veces la atención absoluta del tendido, ese instante en que miles de personas dejan de hablar al mismo tiempo, vale más que la música. Su toreo buscaba precisamente ese centro inmóvil alrededor del cual todo parecía girar. En Santander lo consiguió por momentos, aunque los toros no permitieran continuidad suficiente para una faena histórica.

Los periodistas locales tomaron notas y enviaron crónicas. Ninguno tituló que había presenciado la última actuación completa del torero. El dato sólo existiría después. Esa circunstancia ofrece una lección sobre la memoria: el pasado no llega etiquetado. La mayoría de los días decisivos se presentan con aspecto corriente. Sólo la noticia posterior ordena lo vivido y convierte un saludo, un traje o una puerta en símbolos.

Manolete salió satisfecho a medias. El reconocimiento del público era real, pero su estándar interior era más severo. Había construido una carrera precisamente porque no aceptaba con facilidad que las circunstancias justificaran el resultado. Esa virtud, llevada al extremo, era también un peligro. Dos tardes después, frente a Islero, la misma imposibilidad de conformarse con una faena prudente contribuiría a llevarlo más lejos de lo que recomendaban sus hombres.

IV. El traje vacío

«Junto al cuerno la muerte se ha dormido.»

Alfredo Marquerie, «A Manolete»

De vuelta en el Hotel Real, la corrida perdió rápidamente su brillo exterior. La transformación inversa comenzaba cuando Guillermo ayudaba a quitar las prendas que unas horas antes había colocado con tanta solemnidad. La chaquetilla blanca y oro quedó sobre una silla, y después fueron apareciendo el chaleco, el fajín, la camisa empapada, la taleguilla marcada por el esfuerzo. Vacío, un traje de luces tiene algo de cuerpo abandonado: conserva la forma del torero durante unos minutos y luego se desploma como cualquier ropa usada.

Manolete se duchó y descansó. El aire de la terraza volvía a ser fresco. Desde allí podía contemplar una ciudad que continuaba celebrando sus fiestas mientras él repasaba mentalmente detalles de la corrida. Los toreros desarrollan una memoria obsesiva para los errores, incluso cuando el público los ha perdonado. Un pase adelantado, una colocación imperfecta o una estocada menos limpia de lo deseado pueden acompañarlos durante horas. Camará sabía cuándo convenía discutir y cuándo era mejor dejar que el torero hiciera su propia digestión de la tarde.

El blanco y oro necesitaba limpieza y tiempo. Guillermo lo guardó sabiendo que no estaría listo para la corrida de Linares. El hecho sería trivial si la muerte no hubiera convertido aquel vestido en una frontera. Dos días más tarde, al abrir de nuevo los baúles, habría que escoger entre otros ternos. La historia hablaría del rosa pálido, del verde, de supersticiones y presentimientos. En Santander, sin embargo, nadie dramatizó una cuestión de lavandería.

Manolete tomó algo ligero y aceptó algunas conversaciones. No quería una cena pesada. Había viaje, y los desplazamientos eran parte de una profesión que consumía más horas en carretera que en el ruedo. En 1947, cruzar España de norte a sur no era un tránsito cómodo. Las carreteras exigían atención, los coches tenían otras prestaciones y la noche convertía cada etapa en una prueba de

resistencia. Por eso los toreros organizaban su vida alrededor de trayectos que hoy parecerían desmesurados.

Cuando dejó Santander, la ciudad se fue borrando detrás del automóvil. El mar desapareció primero; luego las luces. Manolete quedó en silencio durante una parte del camino. No es posible reconstruir con precisión todas las horas que separan la Beneficencia de la salida de Madrid al día siguiente, y esa ausencia documental merece respeto. La tentación de llenar cada vacío con una conversación profética ha deformado muchas biografías. Lo que puede afirmarse es más sencillo: después de Santander se trasladó a Madrid, descansó lo que pudo y preparó el viaje hacia Linares.

Mientras el coche avanzaba, el traje blanco y oro viajaba guardado con el equipaje. La última tarde completa de Manolete había terminado sin que nadie la reconociera como tal. Esa normalidad es la parte más dolorosa cuando se conoce el desenlace. El hombre que abandonaba el norte no se sentía un condenado, sino un trabajador que empezaba a contar los compromisos que quedaban hasta poder detenerse.

Había mencionado la retirada, o al menos una temporada futura muy reducida. Quería recuperar una vida propia. No era extraño. La fama le había dado dinero, admiración y un lugar indiscutible en el toreo, pero también había hecho de su cuerpo un territorio público. Cada cornada era noticia; cada ausencia, sospecha; cada amor, polémica. A los treinta años, Manolete llevaba demasiado tiempo viviendo como si fuera mayor.

En algún punto de la carretera, el cansancio pudo más que los pensamientos. Cerró los ojos. Al día siguiente, Madrid sería apenas una estación entre dos ciudades taurinas.

El regreso al hotel después de una corrida tenía su propio silencio. Durante unas horas, la habitación se llenaba de objetos que parecían haber envejecido de golpe: zapatillas cubiertas de polvo, medias húmedas, toallas, el capote doblado, la espada devuelta a su funda. Guillermo trabajaba entre esas cosas con una familiaridad que ocultaba el peligro que representaban. Para él, el traje blanco y oro era primero una prenda que debía limpiarse; sólo después de Linares se convertiría en recuerdo de la última tarde sin sangre mortal.

Manolete no era un hombre dado a grandes celebraciones tras una corrida. Había aprendido que la euforia puede ser tan agotadora como el fracaso. Prefería

la conversación corta, el cigarrillo, algo de comer y el descanso. Esa sobriedad favoreció la imagen de un torero triste, aunque quienes lo conocían insistían en que sabía bromear y disfrutar cuando el ambiente era íntimo. La seriedad pública funcionaba como una armadura de economía: no regalar gestos, no explicar demasiado, no exponerse fuera de la plaza más de lo imprescindible.

La noche del 26, con Santander quedando atrás, el viaje introdujo un cambio de escala. El mar desapareció y comenzó la España interior, con carreteras que obligaban a conducir con atención y pueblos donde la llegada de un automóvil de lujo todavía despertaba curiosidad. El Buick era una herramienta de trabajo y también una señal visible del éxito económico de Manolete. Había pasado de una infancia modesta a una riqueza considerable, pero esa transformación no le había dado descanso. Cuanto mayor era la fama, más complejo resultaba detener la máquina que la producía.

A esas alturas de la temporada, el cuerpo acumulaba golpes que no siempre aparecían en los partes médicos. Contusiones, tirones, noches sin dormir, digestiones desordenadas y la tensión de convivir con el riesgo dejaban una fatiga que ningún día libre podía borrar del todo. Por eso el cansancio de Manolete no debe leerse como profecía, sino como consecuencia material de una carrera llevada durante años al límite.

V. Madrid, 27 de agosto

El miércoles 27 quedó encajado entre dos corridas como una jornada sin plaza y, por eso mismo, con una documentación mucho menos densa. Madrid era para Manolete un lugar de tránsito conocido, una ciudad donde poseía rutinas y donde el hotel podía ofrecerle durante unas horas la ilusión de estar quieto. La prensa de aquellos días describiría después la habitación madrileña que solía ocupar con Camará, con sus dos camas y el teléfono convertido en centro nervioso de una carrera que dependía de llamadas, empresarios y cambios de última hora. Pero la intimidad verdadera era escasa: incluso el descanso pertenecía a la organización del trabajo.

La mañana y la tarde transcurrieron entre gestiones, visitas, comida y sueño. Linares no estaba lejos en el calendario, aunque sí quedaban kilómetros suficientes para que el viaje se hiciera de noche. La corrida de Miura tenía un peso especial. La ganadería llevaba consigo una fama de seriedad que desbordaba las condiciones concretas de cada encierro. Pronunciar «Miura» era evocar una genealogía de toros, tragedias y respeto. Nadie necesitaba recordar a Manolete que su propio apellido taurino estaba ligado desde generaciones atrás a aquella divisa por la muerte de Pepete. Sin embargo, convertir ese vínculo en presagio sería hacerle al pasado una trampa que los protagonistas no hicieron.

Más inmediata era la presencia de Luis Miguel Dominguín. El joven representaba la competencia real, no la literaria. Había aprendido a manejar el toro y el público con la misma inteligencia, y comprendía que el trono taurino no se hereda cuando un rey se retira: se disputa antes. Manolete había escuchado críticas durante todo el verano y sabía que en Linares cualquier diferencia de triunfo se interpretaría como señal de relevo. El cansancio podía sugerirle la retirada, pero el orgullo profesional le impedía torear como un hombre que ya se hubiera marchado.

Al caer la tarde se organizó la salida. El Buick azul aguardaba en Madrid, cerca del entonces Ministerio de la Gobernación. El automóvil terminaría formando parte de la iconografía del último viaje, como si también él hubiera adquirido conciencia histórica. En realidad era un vehículo de trabajo, cómodo para su tiempo, necesario para recorrer a deshora las carreteras españolas.

Viajaban cuatro hombres: Manolete; Camará, su apoderado; Antonio Bellón, periodista de Pueblo y amigo; y Guillermo González, mozo de espadas. Guillermo comenzó conduciendo. Manolete ocupó inicialmente el asiento delantero, mientras Camará y Bellón se instalaron atrás. En el equipaje viajaban los trajes de luces, entre ellos el blanco y oro de Santander, que seguía sin estar en condiciones de uso.

Madrid quedó atrás. La noche, al principio tibia, fue cerrándose sobre la carretera. En el coche se habló de toros, porque un grupo de hombres taurinos podía discutir durante horas de cualquier asunto para terminar regresando a Joselito, Belmonte, los encastes, los públicos o las cornadas. Manolete intervenía a ratos. Estaba cansado, pero en compañía de Bellón podía permitirse una conversación menos defensiva que ante los periodistas.

Tenían previsto cenar en Manzanares. La parada parecía simplemente práctica: comer, descansar un poco y continuar hacia Andalucía. Nadie imaginó que sería recordada como una de las últimas escenas distendidas de Manolete.

Madrid ofrecía una pausa engañosa. No había corrida ese día, pero el descanso de una primera figura nunca era completo. Sonaban teléfonos, aparecían recados, se confirmaban horarios y se discutían compromisos. La temporada taurina era una red de desplazamientos en la que una decisión tomada en una ciudad podía alterar el viaje de la siguiente. Camará se movía con soltura dentro de ese sistema; Manolete lo soportaba porque gracias a él podía reservar una parte de su energía para el ruedo.

La capital era también el lugar donde las críticas alcanzaban mayor resonancia. En cafés y redacciones se discutía si Manolete seguía siendo el mismo, si Luis Miguel estaba llamado a relevarlo, si los toros tenían el trapío suficiente, si el cordobés se arrimaba por valor o porque su estilo necesitaba esas distancias. El torero conocía muchas de esas conversaciones aunque fingiera indiferencia. La opinión pública había dejado de ser un ruido exterior para convertirse en una presencia constante.

Por eso la salida nocturna tuvo algo de liberación. Una vez en carretera, las voces de Madrid quedaban atrás. El Buick podía ser un espacio estrecho, pero era privado. No había fotógrafos, ni aficionados esperando en el vestíbulo, ni empresario que reclamara atención. Sólo cuatro hombres, sus equipajes y una ruta hacia el sur. A veces, la carretera era el único lugar donde Manolete

conseguía hablar sin que cada palabra se transformara de inmediato en noticia.

Bellón ocupaba una posición singular. Era periodista, sí, pero también amigo, y esa doble condición le permitió escuchar cosas que no habrían aparecido en una entrevista formal. Mucho después, al reconstruir la última noche, tuvo que convivir con la duda de quien sabe que la memoria modifica incluso lo que intenta conservar con fidelidad. Su testimonio resulta valioso precisamente si se lo lee como memoria humana y no como acta notarial.

VI. La cena de Manzanares

«La balanza equilibra la suerte y muerte igual.»

Gerardo Diego, «Adiós a Manolete»

El parador de Manzanares recibió al grupo en plena noche. Después de varias horas de carretera, la mesa tenía el valor de una tregua. Comieron sin solemnidad, con el apetito irregular de quienes saben que aún queda viaje. Camará llevaba años acostumbrado a vigilar la alimentación del torero sin convertirla en una obsesión visible; Guillermo atendía a los pequeños detalles, y Bellón disfrutaba de una situación privilegiada: la de estar con Manolete cuando Manolete podía olvidar durante un rato que era Manolete.

La conversación derivó hacia el viejo pleito taurino que había dividido a España décadas atrás: Joselito o Belmonte. Bellón defendía la revolución belmontista, ese modo de transformar las distancias y la estética del toreo que había obligado a repensar el lugar del hombre frente al toro. Camará, que había recibido la alternativa de Joselito, sostenía con convicción la inteligencia total del Gallito, su conocimiento de la lidia, su capacidad para comprender un toro desde que aparecía por la puerta de chiqueros.

Manolete escuchó la discusión con humor. A él le tocaba vivir en una época que se medía continuamente con aquellos gigantes muertos o retirados. Había aficionados incapaces de aceptar que el toreo cambiara sin traicionar su pasado. Si un torero se acercaba más, decían que perdía pureza; si se alejaba, que no exponía; si toreaba vertical, que faltaba gracia; si componía, que faltaba mando. El oficio llevaba incorporado un tribunal permanente.

La disputa de Bellón y Camará no fue amarga. Al contrario, tuvo algo de juego familiar. Manolete intervino alguna vez para pinchar a uno u otro, y durante un rato se rieron. Esa risa sobreviviría en la memoria de Bellón como una resistencia contra la leyenda posterior. Quienes han contado la última noche con un tono de procesión fúnebre olvidan que los hombres no poseían el final. Cenaban, discutían y bromeaban porque esperaban despertarse al día siguiente y

continuar haciéndolo durante años.

Tras la cena, el viaje se reorganizó. Manolete decidió ponerse al volante. Quizá conducir le permitía combatir el sueño de una manera distinta; quizá necesitaba hacer algo concreto después de tantas horas pasivas. Bellón se sentó a su lado. Camará y Guillermo ocuparon los asientos traseros y, con la confianza de quien viaja acompañado por un conductor experto, terminaron adormeciéndose.

La carretera se estrechó ante los faros. Fuera había campos, pueblos que aparecían como agrupaciones breves de luces y largas zonas donde la oscuridad parecía absorberlo todo. Dentro del Buick comenzó otra conversación, menos taurina y más personal. Bellón no tomó notas. Lo que recordaría después sería, necesariamente, memoria y no taquigrafía. Sin embargo, la coherencia de su testimonio con otras declaraciones de Manolete permite escuchar en aquellas palabras algo más que una invención retrospectiva.

El torero habló de cansancio. No de miedo a Linares, sino de agotamiento ante una vida que no terminaba al salir de la plaza. Explicó que el público exigía cada vez más, que las temporadas lo obligaban a viajar de noche y rendir por la tarde, que la responsabilidad de ser primera figura había terminado por ocupar incluso los momentos en que no estaba toreando. Bellón lo dejó hablar. Había ocasiones en que la amistad consiste únicamente en no interrumpir.

Manolete no estaba despidiéndose. Estaba intentando imaginar cómo se vive después de una profesión que lo había absorbido desde la juventud.

La elección entre Joselito y Belmonte funcionaba casi como una contraseña generacional. Los aficionados podían pasar de la cordialidad a la pasión con sólo mencionar a uno de los dos. Joselito representaba para muchos la sabiduría total de la lidia, la capacidad de ordenar una corrida y comprender los terrenos con una inteligencia casi enciclopédica. Belmonte simbolizaba la transformación estética, la aproximación imposible, el cambio de un toreo que ya no podía volver a ser exactamente el mismo.

Manolete era heredero de ambos sin parecerse por completo a ninguno. De Joselito recibía la conciencia de responsabilidad y la necesidad de dominar; de la revolución belmontista heredaba la reducción de distancias, llevada en su caso a una verticalidad nueva. Escuchar a Bellón y Camará discutir sobre aquellos maestros significaba oír debatir sobre la genealogía del propio estilo que él había

convertido en norma contemporánea.

La cena tuvo así una profundidad que los participantes no buscaban. Mientras defendían a los toreros del pasado, uno de los hombres sentados a la mesa estaba a pocas horas de convertirse él mismo en pasado. Pero esa lectura pertenece a nosotros, no a ellos. Para Manolete, Joselito y Belmonte eran referencias de oficio, no heraldos de una tragedia. La sobremesa terminó como terminan tantas discusiones taurinas: sin vencedor y con la convicción de cada parte intacta.

Al salir al aparcamiento, el aire nocturno devolvió la realidad del viaje. Había que llegar a Linares y dormir. Manolete pidió conducir. La decisión fue práctica, no heroica. Bellón se acomodó a su lado y los otros dos hombres buscaron una postura que les permitiera descansar. A partir de ese momento la carretera se convirtió en el escenario más íntimo de las últimas horas tranquilas del torero.

VII. La carretera y el futuro

Con Camará y Guillermo dormidos detrás, la conversación adquirió una intimidad que habría sido difícil en un comedor o en un hotel. El ruido del motor llenaba los silencios. Manolete mantenía las manos sobre el volante y miraba la carretera mientras hablaba de la posibilidad de reducir las corridas, acaso de dejar el toreo como actividad regular. No era la primera vez que expresaba ese deseo, pero Bellón percibió que aquella noche la fatiga tenía una densidad distinta.

Había ganado dinero suficiente para no necesitar los ruedos. Lo que lo mantenía allí era una mezcla más compleja de responsabilidad, orgullo, afición y la dificultad de abandonar una identidad construida durante toda la vida adulta. Un torero puede decir que se retira y descubrir, al día siguiente, que no sabe quién es sin una fecha anunciada. Manolete, además, cargaba con una multitud de intereses: cuadrilla, apoderado, empresarios, contratos y un público que interpretaba cada ausencia como una declaración.

Habló también de Lupe. No hacía falta explicar a Bellón la situación. La actriz Lupe Sino, Antonia Bronchalo de nombre civil, había entrado en la vida del torero y se había convertido en objeto de un escrutinio que mezclaba prejuicios sociales, moral de posguerra y resistencias familiares. Manolete quería casarse. Lo había dicho. La idea de matrimonio no aparecía en sus palabras como un adorno romántico, sino como la posibilidad de normalidad: una casa, un horario, una vida que no comenzara cada día en una recepción de hotel y terminara en otra carretera.

La fama lo había aislado de una manera paradójica. Podía entrar en un restaurante y hacer que todos se volvieran, pero le costaba encontrar un espacio donde nadie quisiera nada de él. En América había descubierto una pasión taurina inmensa, especialmente en México, y también una popularidad que traspasaba fronteras. La experiencia lo había enriquecido, pero no había resuelto esa sensación de vivir observado.

Bellón recordaría que Manolete estaba especialmente dolido por la crítica. No por una reseña concreta, sino por la impresión de que todo lo realizado durante años podía borrarse después de una mala tarde. El torero sabía que el juicio

forma parte del espectáculo, pero le costaba aceptar la voracidad con que el público consume a sus ídolos antes de buscar un sustituto. En 1947, el sustituto ya tenía nombre y apellidos.

No habló mal de Luis Miguel. La rivalidad profesional no necesitaba insultos. Dominguín era un torero joven que quería el puesto de primera figura, y eso bastaba para convertir cada coincidencia en una prueba. Manolete podía admirar cualidades del rival y, al mismo tiempo, negarse a cederle un centímetro en la plaza. Esa contradicción sería decisiva en Linares.

El coche siguió avanzando. El paisaje nocturno cambió gradualmente. Se aproximaban a Andalucía. Camará despertó alguna vez, preguntó cómo iban y volvió a acomodarse. Guillermo, acostumbrado a las carreteras, durmió mientras pudo. Bellón observó el perfil de Manolete recortado por la luz del salpicadero y no imaginó que, pocas horas después, intentaría reconstruir cada frase para comprender lo incomprensible.

Cerca de las tres de la madrugada llegaron a Linares. La ciudad estaba en feria y todavía conservaba actividad. Manolete estacionó el Buick. El viaje había terminado. El futuro del que había hablado durante la carretera quedaba, aparentemente, intacto.

La conversación con Bellón permite comprender también la paradoja de la retirada. Manolete deseaba parar, pero no parecía dispuesto a retirarse de cualquier manera. Una primera figura no abandona el ruedo únicamente cuando el cuerpo lo pide; necesita encontrar una forma de salir que no parezca derrota. En 1947, con Dominguín creciendo, cualquier reducción de contratos podía ser interpretada como huida. Esa posibilidad hería el orgullo de un hombre que había construido su autoridad precisamente sobre la idea de no rehuir responsabilidades.

El matrimonio ofrecía una salida distinta, una explicación privada para un cambio público. Lupe podía representar la razón legítima para abandonar el circuito sin conceder al rival la satisfacción simbólica de haberlo expulsado. Pero incluso esa lectura sería simplificar demasiado. Manolete parecía querer, sencillamente, una existencia en la que el toreo dejara de ocupar cada hora. El problema era que no sabía todavía cómo separar al hombre del personaje.

Bellón escuchó sin interrogarlo como periodista. Esa diferencia es importante. Las declaraciones públicas de la mañana siguiente serían breves y controladas; la

carretera permitía matices, pausas y contradicciones. Manolete podía afirmar que quería dejarlo y, al mismo tiempo, hablar de siete u ocho corridas futuras. No era incoherencia, sino la ambivalencia de quien desea salir de una vida que también ama.

Cuando el Buick cruzaba los últimos kilómetros hacia Linares, la noche empezaba a perder oscuridad en el horizonte. Nadie dentro del coche tenía razones para memorizar la posición de los asientos o el tono de las últimas palabras. La memoria se activaría después, cuando cada detalle se volviera irrepetible. En ese momento sólo querían llegar, encontrar las camas del Cervantes y dormir unas horas antes de la corrida.

VIII. Habitación 42

En el Hotel Cervantes les entregaron la llave de la habitación 42. Manolete y Camará compartían estancia con frecuencia; la convivencia era parte de una relación profesional que había adquirido dimensiones familiares. Dos camas pequeñas, maletas, trajes, teléfonos y el ruido amortiguado de una ciudad en fiestas componían el escenario. Quedaban unas horas para dormir antes del sorteo y la corrida.

Manolete llegó muy cansado y con molestias digestivas. La cena de Manzanares no le había sentado bien. La circunstancia ha sido utilizada a veces para pintar al torero como un hombre enfermo que caminaba inevitablemente hacia la tragedia, pero la realidad es menos dramática: los viajeros nocturnos padecen indigestiones, los toreros duermen mal y la tensión de una corrida de Miura puede convertir cualquier molestia en una noche incómoda.

Camará intentó descansar. Manolete hizo lo mismo, aunque el sueño fue irregular. En la habitación se mezclaban la penumbra y los ruidos lejanos de la feria. Linares celebraba San Agustín; fuera había música, conversaciones tardías y el movimiento de quienes no tenían que enfrentarse al día siguiente a un toro de quinientos kilos. El contraste entre la fiesta pública y la intimidad del torero forma parte de la condición taurina: la misma ciudad que se divierte exige que unos pocos hombres concentren toda su gravedad en el ruedo.

A media mañana, Camará se levantó para acudir al apartado y al sorteo. En los corrales aguardaban los toros de Eduardo Miura. Las reconstrucciones posteriores han convertido el sorteo en terreno fértil para sospechas, cambios y supersticiones. Lo prudente es recordar que hubo conversaciones sobre los lotes y que algunos toros no satisfacían a los apoderados, pero no existe base sólida para presentar a Islero como fruto de una maniobra destinada a perjudicar a Manolete. La tragedia busca culpables retrospectivos porque la casualidad resulta insoportable.

Mientras el sorteo se desarrollaba, Manolete continuó descansando. Cuando despertó, la habitación comenzó a llenarse. Llegaron Guillermo, Chimo, periodistas y personas relacionadas con la empresa. El torero permanecía tumbado, vestido sólo con el pantalón del pijama. Frente a él, en una silla, estaba

preparado un terno rosa pálido y oro. El blanco y oro de Santander seguía sin estar limpio; el verde y oro quedó también disponible, pero no sería elegido.

Los periodistas sabían que la cuestión de la retirada interesaba al público. Pidieron unas declaraciones y Camará aceptó con la condición de no prolongar demasiado la conversación. Manolete respondió sin dramatismo. Dijo que aquel año le había pesado más que otros, que la profesión absorbía todo y que la combinación de viajes nocturnos, tardes de toros y descanso insuficiente mantenía al cuerpo en una tensión continua. Cuando le preguntaron qué podía amedrentarlo a esas alturas, respondió con una concisión que no necesitaba adornos: el toro.

La frase sería recordada porque unas horas después un toro lo heriría mortalmente. En ese momento, sin embargo, era la respuesta lógica de cualquier torero serio. El peligro verdadero no estaba en la crítica ni en la rivalidad, sino en el animal.

También habló del matrimonio. No lo rechazó; lo consideraba un estado natural, aunque reconocía tener un carácter dominante y unas ideas tradicionales sobre la vida doméstica. Los periodistas cerraron los cuadernos cuando llegó la comida. Manolete comió despacio y trató de descansar un poco más. La habitación recuperó durante unos minutos la apariencia de un lugar privado.

El sorteo de una corrida constituye uno de los momentos menos visibles para el público y, sin embargo, puede condicionar toda la tarde. Apoderados y cuadrillas observan los toros, calculan tamaños, hechuras y comportamientos previos, y tratan de formar lotes equilibrados. En Linares, la presencia de seis Miuras añadía una tensión especial. Cada toro llevaba un número y una individualidad que sólo terminaría de revelarse en el ruedo.

Las posteriores discusiones sobre posibles cambios de lote muestran la necesidad humana de encontrar una bifurcación en la que la historia pudiera haber sido distinta. Si Camará hubiera cambiado un toro, si Islero hubiera correspondido a otro, si la autoridad hubiera decidido de otra manera. Pero esa lógica pertenece al después. En la mañana del 28, el sorteo era un trámite profesional sujeto a reglas y negociaciones habituales, no una ruleta cargada por el destino.

Mientras Camará estaba fuera, Manolete dormía. Esa simultaneidad resulta poderosa: en los corrales se asignaban animales que serían decisivos y, a unas

calles de distancia, el torero intentaba recuperar unas horas de sueño sin saber qué número le había tocado. Cuando más tarde supo el lote, no reaccionó como quien recibe una sentencia. Había matado toros difíciles durante años y un Miura, por serio que fuera, pertenecía a la normalidad de su profesión.

La habitación 42 empezó a llenarse porque la fama no respetaba el cansancio. El empresario, los periodistas y los hombres de confianza entraban y salían. El rosa pálido y oro esperaba ya dispuesto. Esa imagen —el traje preparado frente al hombre en pijama— resume mejor que cualquier profecía la frontera entre la vida privada y el personaje público. En unas horas, aquel hombre fatigado tendría que convertirse otra vez en la figura que el público exigía.

IX. Vestirse para Linares

«La estatua y la destreza: quedar fijo en el viento.»

Agustín de Foxá, «Poema a Manolete»

La tarde avanzaba cuando el Hotel Cervantes se transformó en una casa de toreros. Gitanillo de Triana descansaba cerca. Luis Miguel Dominguín, que había dormido en el Parador de Úbeda, acudió al hotel para vestirse. Los pasillos estrechos y el único cuarto de baño favorecían encuentros inevitables. En uno de ellos, Manolete y Luis Miguel hablaron sobre el cansancio, el final de la temporada y la corrida de Miura. La memoria posterior conservó una broma: si estaban locos por seguir en aquella vida, quizá estaban más bien como cabras. No hace falta reproducir el diálogo palabra por palabra para comprender la escena: dos rivales que pocas horas después competirían con dureza podían reírse juntos antes de vestirse.

El ritual del traje comenzó de nuevo. Rosa pálido y oro. El color tendría después un significado que nadie le concedió al elegirlo. Guillermo ayudó a ajustar las prendas y Camará intervino en los detalles finales. El traje de luces comprime el cuerpo y obliga a una postura particular; no es un disfraz, sino una herramienta ceremonial que limita y al mismo tiempo construye la figura del torero.

Manolete se miró al espejo. El rostro cansado de la mañana desaparecía parcialmente bajo la disciplina de la preparación. Un torero no necesita sentirse fuerte para parecerlo. La profesión enseña a imponer una forma exterior sobre el miedo, el dolor o la fatiga. Quizá por eso tantas fotografías de Manolete transmiten gravedad: la economía del gesto era una manera de no malgastar energía.

Antes de salir, Manolete se apartó del movimiento de la habitación y rezó. En la mesilla quedaron varias velas encendidas. No era un gesto excepcional provocado por la presencia de los Miura ni una prevención supersticiosa ante una tarde difícil. La oración pertenecía a una costumbre antigua y constante. La

Virgen de los Dolores ocupaba el centro de su devoción mariana y su nombre volvía en aquellos minutos de recogimiento en los que el torero dejaba de escuchar las conversaciones de la cuadrilla, el ruido del hotel y las noticias que llegaban de la plaza. La fe le ofrecía un orden interior distinto del que proporcionaban los consejos técnicos de Camará: éstos podían enseñarle cómo estaba un toro; la oración le permitía aceptar que, aun haciendo todo correctamente, existía una parte del riesgo que ningún hombre dominaba.

En las plazas donde podía hacerlo, la capilla formaba también parte de la preparación de los toreros de su tiempo. Manolete asumía ese rito sin ostentación, de la misma manera contenida con que vivía casi todo lo íntimo. No necesitaba exhibir su religiosidad porque tampoco necesitaba explicársela a nadie. Aquella tarde de Linares, la última de su vida, salió hacia el ruedo con la misma fe con que había salido tantas veces antes; lo singular no estaba en la oración, sino en que después ya no habría otra.

En el vestíbulo se reunieron los hombres. La plaza estaba cerca. Fuera, la feria aumentaba el ruido y el calor. El automóvil recorrió una distancia breve, suficiente para que el torero dejara atrás el hotel y entrara en ese estado de concentración que precede al paseíllo.

El cartel reunía a Rafael Vega de los Reyes «Gitanillo de Triana», Manuel Rodríguez «Manolete» y Luis Miguel González Lucas «Dominguín», con toros de Eduardo Miura. Gitanillo vestía de grana y oro; Luis Miguel, de verde y oro; Manolete, de rosa pálido y oro. Detrás marchaban las cuadrillas, hombres cuyos nombres serían repetidos después en testimonios de la tragedia: Pinturas, Gabriel González, Cantimplas, Pimpi, Ramón Atienza, Guillermo y Chimo.

La plaza estaba llena. En las gradas había aficionados llegados de distintos puntos de España, atraídos por la presencia simultánea del torero dominante y del aspirante que quería reemplazarlo. Al terminar el paseíllo, una ovación se dirigió con especial intensidad hacia Manolete. Él llamó a sus compañeros para compartirla. El gesto sería interpretado después como una despedida. En realidad pertenecía a una cortesía taurina que había practicado otras veces.

El primer clarín cortó las interpretaciones. Comenzaba la corrida.

El vestido rosa pálido y oro tenía una luminosidad distinta al blanco de Santander. Los colores de los trajes de luces han alimentado supersticiones durante generaciones, pero la elección de aquella tarde estuvo condicionada por

una circunstancia práctica: el blanco y oro seguía sin estar disponible. El verde y oro permaneció guardado. Después de la tragedia aparecerían interpretaciones sobre la mala suerte de ciertos colores y recuerdos de antiguas cogidas, pero ninguna de esas versiones permite afirmar que Manolete se vistiera con conciencia de estar eligiendo entre presagios.

La preparación avanzó con normalidad profesional. Camará observaba, Guillermo ajustaba, Chimo comprobaba. Los hombres conversaban sin levantar demasiado la voz. En una habitación donde se viste un torero hay una mezcla particular de intimidad y ceremonia: se habla de asuntos corrientes mientras el cuerpo se transforma para un acto excepcional. Esa combinación evita que el miedo ocupe todo el espacio.

El encuentro con Luis Miguel en el pasillo mostró que la rivalidad no anulaba la camaradería. Ambos entendían la dureza de la temporada y podían reconocerla en el otro. El joven tenía más energía; Manolete, más desgaste. Pero cuando descendieran a la plaza, esas diferencias privadas quedarían subordinadas a la obligación de competir. El público no paga por contemplar la fatiga de los toreros, sino por ver cómo la dominan.

Antes de salir, las velas quedaron encendidas. El detalle, conservado por la memoria, tendría después una fuerza cinematográfica casi inevitable. Sin embargo, lo más fiel es verlo como parte de una religiosidad cotidiana. Manolete había rezado antes de muchas corridas en las que regresó al hotel con vida. Aquella tarde hizo lo mismo porque no sabía que sería la última.

X. La tarde se aprieta

El primer toro de la corrida correspondió a Gitanillo de Triana y permitió que la tarde encontrara pronto su ritmo. Los tres matadores intervinieron en quites, y el público comprobó que la competencia no iba a ser retórica. Cada lance era observado también como respuesta al anterior. Manolete sabía que las corridas compartidas con Luis Miguel se habían convertido en una especie de examen mutuo, y Dominguín, por su parte, entendía que la única manera de ocupar el primer puesto era actuar como si ya le perteneciera.

El segundo toro fue para Manolete. No resultó un animal ideal, pero el cordobés consiguió momentos importantes con la muleta. Las crónicas destacaron su proximidad a la cabeza del toro, la serie de naturales y la decisión. Hubo música y ovaciones. La espada, sin embargo, no permitió redondear por completo el triunfo. Recibió petición de oreja y salió a saludar. Era una actuación digna, incluso notable, pero en el clima de la tarde no bastaba para cerrar el debate.

Luis Miguel salió con su primer toro dispuesto a elevar la temperatura. Su tauromaquia poseía una energía distinta, más explícita en la relación con el público. Sabía administrar la emoción y provocar el entusiasmo. Cuando comenzaron a caer sombreros y prendas al ruedo, Manolete observó desde el callejón con una atención que no tenía nada de indiferente. Aquella era la presión concreta de la que había hablado en la carretera: no el rumor abstracto de los críticos, sino un joven rival haciendo vibrar la plaza delante de él.

La corrida continuó. Gitanillo resolvió su segundo compromiso sin alterar demasiado el equilibrio. Entonces llegó el quinto, el segundo toro de Manolete.

Islero apareció por la puerta de chiqueros sin la monumentalidad que la leyenda le otorgaría después. Negro entrepelado, bragado, marcado con el número 21, pertenecía al hierro de Miura. Su peso en canal sería registrado en 295 kilos, lo que permite estimar un peso en vivo acorde con el tipo de la época. No era un monstruo fabuloso. Era algo más peligroso: un toro real, con comportamiento difícil y capacidad suficiente para convertir cualquier error de terreno o tiempo en una tragedia.

Desde los primeros lances mostró complicaciones. Se frenaba, escarbaba, cambiaba la altura de la cabeza y tendía a vencerse. Luis Miguel intervino en un quite y comentó después la dificultad. En varas, Ramón Atienza quiso castigarlo para reducir su poder y recibió incluso una llamada de atención por el exceso. En banderillas, el animal puso en apuros a los hombres y llegó a la muleta con sentido, querencias y una embestida que no permitía confianza.

Manolete se acercó a Camará antes de iniciar el último tercio. Era una costumbre de años. El apoderado no le vendió optimismo: el toro no era bueno y convenía llevarle la muleta abajo, dominarlo y no regalarle ventajas. El consejo coincidía con lo que habían visto los hombres de la cuadrilla.

El torero tomó la muleta y la espada. Podía haber optado por una faena breve, eficaz, de profesional que reconoce el peligro y cumple. Pero la tarde no era neutra. Luis Miguel había triunfado y el público esperaba la respuesta de Manolete. A eso se añadía su propia idea de responsabilidad, aquella convicción de que una figura no debe administrar un toro mientras quede una posibilidad de someterlo.

Caminó hacia Islero.

Desde el callejón, una corrida se ve de manera distinta que desde el tendido. Los toreros perciben detalles que el público puede pasar por alto: la forma de mirar de un toro, la velocidad con que repone, el terreno al que quiere irse, la manera de humillar o de levantar la cara al final de la embestida. Manolete observó los primeros animales con esa atención profesional mientras escuchaba, inevitablemente, la reacción de la plaza ante Luis Miguel.

Dominguín tenía la capacidad de convertir el espectáculo en un duelo explícito. Su juventud le permitía asumir riesgos con una energía que contrastaba con el desgaste de Manolete. Pero el cordobés poseía algo que no se aprende deprisa: la autoridad de quien ha cargado durante años con la primera figura. Esa autoridad podía convertirse en una obligación excesiva. No bastaba con estar bien; debía demostrar que seguía siendo quien todos pensaban.

Cuando Islero apareció, varios hombres de la cuadrilla detectaron pronto señales incómodas. El toro no ofrecía una embestida limpia y continuada. Atienza trató de reducirlo en varas porque intuía lo que podía ocurrir después. Los banderilleros tuvieron que resolver con cuidado. Cada uno de esos detalles fue recordado tras la muerte como advertencia. En la plaza, sin embargo,

advertencia no significa certeza. Todos los toros pueden herir y muchos toros peligrosos mueren sin causar una cornada.

Manolete pidió la opinión de Camará precisamente porque no despreciaba el riesgo. Escuchó que el toro no era bueno y que debía dominarlo por abajo. Luego salió con la muleta. La decisión de alargar la faena no fue fruto de ignorancia, sino de la tensión entre prudencia y responsabilidad que define buena parte del toreo. Esa tensión, imposible de resolver desde una mesa décadas después, se decidió en segundos sobre la arena.

XI. Islero

«Pero allí estaba Islero, negro toro.»

José García Nieto, «Elegía a Manolete»

La primera obligación consistía en descubrir hasta dónde podía llegar el toro. Manolete lo citó y comprobó que Islero no repetía con limpieza. Había que sujetarlo, obligarlo a seguir la muleta y evitar que la cabeza quedara libre al final de cada pase. El torero bajó la mano y fue construyendo terreno. Poco a poco, la plaza empezó a olvidar las dificultades iniciales y a fijarse en la figura inmóvil del hombre.

La tauromaquia de Manolete encontraba su máxima expresión precisamente cuando el toro parecía invadir un espacio que cualquiera consideraría demasiado cercano. Su verticalidad reducía los movimientos innecesarios y daba al pase una apariencia de inevitabilidad. En Islero, esa estética exigía más que nunca una técnica precisa. Los derechazos fueron ganando longitud; aparecieron naturales, molinetes y remates. El toro seguía sin ser franco, pero el dominio lo hacía parecer mejor de lo que era.

Los subalternos no compartían por completo el entusiasmo del tendido. Pinturas observaba la manera en que el animal echaba la cara. Cantimplas conocía las reacciones del maestro y sabía que, cuando Manolete entraba en esa zona de concentración, resultaba difícil convencerlo de que terminara. Carnicerito de Málaga acercó el estoque en más de una ocasión. El torero lo rechazó. Aún no había acabado.

La plaza empezó a entregarse. Las manoletinas, ejecutadas con una cercanía estremecedora, intensificaron la sensación de que el toro pasaba por un lugar imposible. El nombre de Manolete estaba ligado a ese pase aunque no lo hubiera inventado. Él lo había convertido en una firma estética: la espalda recta, la muleta por detrás, el toro envolviendo la figura.

No existe necesidad de suponer que el torero buscara la muerte. Lo que

buscaba era el triunfo. La diferencia es esencial. Manolete conocía el peligro de Islero, pero también conocía el lenguaje del público y el peso de la competencia. Había dicho durante la mañana que, si salía al ruedo, era para darlo todo. No era una frase trágica; era un código profesional que había guiado su carrera.

La faena llegó a un punto en que ya estaba ganada. Los hombres de la cuadrilla lo sabían. Guillermo deseaba verlo con la espada en la mano. Desde distintos lugares llegaron indicaciones. Manolete terminó aceptando el estoque.

El toro quedó en una posición incómoda, fuera del tercio. La suerte no era limpia. Algunos testigos recordarían que avisaron al torero, que le pidieron aligerar o modificar la ejecución. Chimo insistiría después en que el terreno no era adecuado. Pero la suerte suprema formaba parte del concepto de Manolete tanto como la muleta. Entrar a matar de cualquier manera después de aquella faena habría sido, para él, una contradicción.

Se perfiló.

En ese instante, la plaza todavía era una plaza. Había voces, pañuelos, hombres de pie, el sonido de la banda y el movimiento de las cuadrillas. Unos segundos después, todo ese mundo quedaría dividido en un antes y un después.

A medida que la faena avanzaba, Islero empezó a parecer otro toro a los ojos del público. El dominio produce ese efecto: transforma la percepción del animal y puede hacer olvidar las dificultades que exigieron llegar hasta allí. Los hombres de la cuadrilla, en cambio, no olvidaban. Habían visto la forma de escarbar, las dudas, la tendencia a levantar la cara y la rapidez con que podía corregir. Por eso la emoción del tendido convivía con una preocupación creciente en el callejón.

Manolete seguía cada embestida hasta el final. No había alegría ornamental en su estilo, sino una gravedad que parecía concentrar la plaza. El público respondía porque entendía que allí se estaba arriesgando algo verdadero. Las manoletinas intensificaron esa sensación. El toro pasaba tan cerca que la distancia podía medirse por el movimiento de la taleguilla. A cada pase, los subalternos deseaban un poco más que el maestro tomara la espada.

La insistencia no debe confundirse con inconsciencia. Manolete conocía el riesgo y había construido su técnica precisamente para controlarlo. El problema es que ningún conocimiento convierte a un toro en un mecanismo previsible. Islero podía obedecer durante varios pases y corregir en el siguiente. El toreo

consiste en trabajar dentro de esa incertidumbre, no en eliminarla.

Cuando finalmente se dirigió a por el estoque, la faena había alcanzado un triunfo suficiente. El resto pertenecía a la suerte de matar, donde Manolete se exigía la misma pureza que con la muleta. Sus hombres sabían que una entrada lenta y recta podía ser peligrosa con un toro que levantaba la cara. Él también lo sabía. Aun así, se perfiló según su concepto. La historia se concentró entonces en una distancia de pocos metros.

XII. La estocada

Manolete arrancó despacio. Su forma de ejecutar el volapié buscaba marcar los tiempos sin atropello, obligando al toro a fijarse en la muleta mientras el cuerpo cruzaba el espacio mortal. Islero respondió levantando la cabeza. El encuentro fue casi simultáneo: el acero entró y el pitón alcanzó el muslo derecho del torero.

El cuerpo de Manolete giró sobre el asta y cayó. No fue una escena larga, pero quienes la presenciaron la recordarían con una precisión dolorosa. En las fotografías se ve el instante posterior, el toro alejándose herido y el hombre en el suelo, la mano buscando la zona de la cornada. El público lanzó un grito y después quedó suspendido en un silencio que ninguna música podía cubrir.

Los primeros en llegar fueron hombres de la cuadrilla. Pinturas, Cantimplas, Guillermo, Chimo, Camará y otros se precipitaron hacia él. Lo levantaron. La sangre aparecía con una rapidez que transformó de inmediato la percepción de la cogida. Los toreros están acostumbrados a ver heridas, pero la cantidad y el lugar de aquella hemorragia alarmaron incluso a quienes habían pasado media vida en enfermerías.

En la confusión inicial tomaron durante unos instantes una dirección equivocada y tuvieron que corregir el camino hacia la enfermería. El detalle, conservado por testimonios posteriores, muestra el desorden de una plaza que comprendió demasiado tarde la gravedad. Manolete estaba consciente a ratos y quiso saber si el toro había muerto de la estocada, si la faena había recibido el premio. La pregunta puede resultar incomprensible fuera del mundo taurino, pero pertenece a su lógica más íntima: incluso herido, necesitaba cerrar profesionalmente lo que había comenzado.

Islero, con el estoque dentro, buscó las tablas y terminó muriendo. El público pidió los máximos trofeos y se concedieron las dos orejas y el rabo. Carnicerito de Málaga participó en el corte y llevó la noticia a la enfermería. Aquellos trofeos, que en cualquier otra tarde habrían desencadenado una vuelta al ruedo, se convirtieron en objetos absurdos ante una camilla ensangrentada.

El doctor Fernando Garrido tomó el mando. La herida estaba situada en el triángulo de Scarpa, una región anatómica crítica por la presencia de grandes

vasos. El pitón había seccionado la vena safena en su inserción, causado destrozos musculares y comprometido el paquete vascular. El parte médico hablaría de anemia aguda por hemorragia y shock traumático, con pronóstico muy grave.

Había que operar sin perder tiempo. Cortaron el traje rosa pálido y oro. La tela que unas horas antes Camará había ajustado con cuidado quedó abierta por las tijeras. Manolete fue anestesiado. La enfermería se llenó de médicos, ayudantes, subalternos y personas que intentaban colaborar mientras fuera el público seguía preguntando qué ocurría.

La tarde taurina había terminado, aunque la corrida todavía tuviera que concluir formalmente. Desde ese instante ya nadie discutía quién había ganado la competencia entre Manolete y Luis Miguel. En el mundo real, la rivalidad había sido sustituida por una lucha mucho más urgente.

Las fotografías de la cogida poseen una crueldad particular porque fragmentan lo que para los presentes fue un movimiento continuo. En una imagen, Manolete entra a matar; en otra, el toro lo prende; en la siguiente, el cuerpo cae y las asistencias corren. Miradas después de conocer el desenlace, parecen fotogramas de una fatalidad perfectamente ordenada. En realidad, todo sucedió con la velocidad confusa del accidente.

La estocada quedó dentro y el toro murió. Esa simultaneidad alimentó la leyenda de una suerte suprema cumplida hasta sus últimas consecuencias. Pero la épica no debe borrar la anatomía: el pitón había penetrado en una zona donde unos centímetros podían decidir entre una herida grave y una hemorragia catastrófica. El daño vascular fue el centro real de la tragedia.

Los hombres que lo recogieron no tuvieron tiempo de pensar en símbolos. Sentían el peso del cuerpo, veían la sangre y buscaban la enfermería. La breve equivocación de camino, recordada por algunos testimonios, se convirtió después en motivo de reproche, aunque es difícil atribuirle un papel decisivo frente a la magnitud de la lesión. En esos segundos nadie actuaba como personaje histórico; actuaban como compañeros que intentaban salvar a un amigo.

La pregunta por las orejas y el rabo, repetida por varias fuentes con pequeñas variantes, muestra hasta qué punto la identidad profesional seguía activa. Manolete necesitaba saber que la estocada había matado y que la faena había sido reconocida. No era vanidad trivial. Para un torero, cerrar la lidia forma parte

de una responsabilidad asumida durante años, y la conciencia puede aferrarse a esa estructura incluso cuando el cuerpo entra en shock.

XIII. Cuarenta minutos

La operación de urgencia duró aproximadamente cuarenta minutos. Fernando Garrido trabajó auxiliado por otros médicos mientras se intentaba reponer la sangre perdida. Hubo donantes inmediatos, entre ellos un miembro de la Policía Armada y personas vinculadas al mundo taurino. La noticia se extendió por Linares con una velocidad que en 1947 dependía de teléfonos, emisoras y mensajeros, pero que parecía suficiente para poner a una ciudad entera alrededor de la enfermería.

Quienes estaban fuera ofrecían sangre. La escena revela hasta qué punto Manolete había dejado de ser únicamente un torero. Era una figura popular capaz de movilizar a personas que quizá no conocían con precisión su técnica, pero que habían seguido durante años sus fotografías y sus triunfos. La cornada convirtió la admiración en una necesidad concreta: dar sangre, localizar médicos, conseguir un automóvil, llamar a Madrid, avisar a Córdoba.

Cuando comenzó a eliminar el éter, hacia las ocho de la tarde según algunas reconstrucciones, Manolete sintió un dolor intensísimo en la ingle. Se quejó. Ese detalle impresionó a los subalternos porque lo habían visto soportar otras heridas sin exteriorizar apenas el sufrimiento. Pinturas recordaría que era la primera vez que lo oía quejarse de aquella manera. Cantimplas, primo y banderillero, permaneció cerca y trató de atenderlo.

Manolete pidió agua y, en otro momento, un cigarrillo. Los recuerdos sobre la secuencia exacta varían, pero coinciden en que conservó la conciencia durante buena parte de las horas siguientes. Preguntó por la cornada, por el toro y por los trofeos. No era inconsciencia de la gravedad; era la necesidad de anclarse en un lenguaje conocido mientras alrededor aparecían batas, vendas y transfusiones.

Luis Miguel Dominguín terminó la corrida y acudió a interesarse por su compañero. La competencia de la plaza no impedía la preocupación. Gitanillo de Triana y otros toreros hicieron lo mismo. Las caras en la enfermería evitaban ofrecer respuestas claras. El pronóstico era muy grave y todos comprendían que el problema principal no era ya la herida visible, sino la pérdida de sangre y el shock.

Las versiones sobre las transfusiones se multiplicarían después. Algunas hablaron de varias unidades de sangre; otras señalaron una reacción adversa al plasma y desarrollaron la hipótesis de que el tratamiento contribuyó decisivamente al desenlace. La documentación contemporánea, sin embargo, registró como causa de muerte el shock traumático. No sería riguroso convertir una controversia médica posterior en certeza retrospectiva. Los médicos de Linares intentaban salvar a un hombre que había llegado a la enfermería con una lesión vascular devastadora.

A medida que anochecía, se decidió el traslado al Hospital de los Marqueses de Linares, conocido como Hospital de San José y San Raimundo. Era necesario continuar la atención en un entorno más adecuado. La operación había controlado parte del daño, pero el estado general seguía siendo extremadamente frágil.

Fuera, las radios comenzaban a informar a España. Muchas familias que habían seguido la corrida por noticias indirectas escucharon por primera vez que Manolete estaba gravemente herido. En las horas siguientes, el país entero esperaría partes desde una ciudad que hasta esa tarde era, para la mayoría, un nombre de feria y minería.

La enfermería de una plaza de toros era un lugar pensado para la urgencia, no para la contemplación. Allí desaparecía de golpe la estética del ruedo. El traje se cortaba, la sangre se limpiaba, los médicos pedían instrumental y los subalternos dejaban de hablar como toreros para obedecer como ayudantes. La fama del herido no cambiaba la anatomía: una vena rota sangra igual en un ídolo que en un desconocido.

Fernando Garrido tenía experiencia y comprendió que la prioridad era controlar la hemorragia. La descripción del parte médico, con sus trayectorias internas y destrozos musculares, ofrece un contraste brutal con la limpieza exterior de la faena. El pitón había recorrido por dentro una distancia que el público no podía imaginar. La herida visible era sólo la puerta de un daño mucho mayor.

Los donantes se ofrecieron con rapidez. En una época en que los bancos de sangre no poseían la capacidad actual, la disponibilidad inmediata de personas compatibles podía ser decisiva. Policías, toreros y aficionados se convirtieron en reserva humana. La imagen de hombres haciendo cola para dar sangre resume la

dimensión popular de la tragedia mejor que cualquier discurso.

Mientras los médicos operaban, en la plaza terminaba una corrida que ya había dejado de importar. El público esperaba noticias. Los rumores atravesaban los tendidos y salían a la calle. Algunos aseguraban que la cornada no era tan grave; otros hablaban de la femoral; otros afirmaban que el torero estaba consciente. Nadie tenía una visión completa. La verdad estaba detrás de una puerta cerrada donde se trabajaba contra el reloj.

XIV. El hospital

«¡Un aire de leyenda le llora en mil cantares!»

Rafael Duyos, versos del mausoleo de Manolete

El traslado al Hospital de los Marqueses de Linares se realizó avanzada la noche. La documentación administrativa sitúa la llegada en torno a las diez, aunque algunas crónicas ofrecen horarios ligeramente distintos. La precisión exacta importa menos que la transformación del escenario: de la enfermería taurina, preparada para resolver urgencias inmediatas, se pasó a un hospital donde la gravedad de Manolete podía tratarse con mayores medios, aunque esos medios estuvieran muy lejos de los que ofrecería la medicina décadas después.

El torero terminó instalado en la habitación 18. Allí se concentró una pequeña multitud de médicos, amigos, apoderados y personas con capacidad para tomar decisiones. Camará permaneció junto a él. Durante años había dirigido una carrera hecha de contratos y plazas; aquella noche no existía contrato que negociar ni empresario al que presionar. Su función se reducía a estar presente, transmitir calma y ocultar su propio miedo.

Manolete seguía consciente en intervalos. Le preocupaba la magnitud de la cornada. Según Camará, no pronunció la frase «me muero», pese a que muchas narraciones posteriores tendieron a poner en boca de los heridos una conciencia dramática del final. El torero comentó que el percance lo había impresionado y mostró inquietud por encontrarse en un lugar donde quizá faltaran recursos. Camará insistía en tranquilizarlo mientras se reclamaba la presencia de especialistas desde Madrid.

Los teléfonos trabajaban sin descanso. Había que localizar al doctor Luis Jiménez Guinea, cirujano jefe de Las Ventas, y a otros médicos capaces de valorar el caso. También se avisó a personas cercanas. La información sobre Lupe Sino se mezcló desde el principio con versiones contradictorias: estaba fuera de Linares, fue avisada, intentó acercarse al torero y encontró resistencias. Con el tiempo, la imposibilidad o dificultad de verla se convertiría en uno de los

episodios más deformados por recuerdos, versiones y conjeturas posteriores.

Lo indiscutible es que Lupe formaba parte de los planes de futuro de Manolete. Habían hablado de matrimonio. Por eso su presencia alrededor del hospital tiene una fuerza que no necesita exageración. Mientras los médicos luchaban por mantener la circulación y combatir el shock, la vida privada que el torero quería construir quedaba fuera de una puerta dominada por convenciones familiares, prejuicios y urgencias.

Linares continuaba en fiestas, pero el hospital había impuesto otro ritmo a la ciudad. En la calle se agolpaban aficionados. Las emisoras daban partes. Los periodistas telefoneaban a sus redacciones y trataban de distinguir noticias verdaderas de rumores que crecían a cada minuto. Unos decían que había mejorado; otros, que se preparaba una amputación; otros, que llegaban médicos desde Madrid. En medio de esa confusión, la realidad clínica era tozuda: Manolete había perdido mucha sangre y su organismo estaba sometido a un shock severo.

A ratos pidió un cigarrillo. Cantimplas recordaría haberle encendido uno y haberle permitido unas pocas caladas antes de retirárselo. El gesto pertenece a una época en que fumar formaba parte de la vida cotidiana incluso en circunstancias hoy impensables. Para Manolete pudo ser, además, una forma de recuperar por segundos la normalidad de tantos hoteles y esperas de plaza.

La madrugada avanzó. El hospital aguardaba a los médicos que venían por carretera. Cada minuto parecía tener un peso material.

El Hospital de los Marqueses era un edificio con una historia propia y una función benéfica que aquella noche quedó eclipsada por el nombre del paciente. La llegada de Manolete alteró su funcionamiento. Personal sanitario, autoridades, amigos y periodistas convirtieron los pasillos en una zona de tensión. Cualquier movimiento de un médico era interpretado como señal de mejoría o empeoramiento.

Las comunicaciones eran lentas comparadas con las actuales, pero la noticia circuló con enorme eficacia. Las centralitas telefónicas recibían llamadas constantes; las redacciones pedían confirmaciones; las emisoras interrumpían programas para ofrecer novedades. En Córdoba, la familia aguardaba. En Madrid, médicos y amigos organizaban desplazamientos. En Linares, personas anónimas se acercaban al hospital. La celebridad de Manolete quedó medida

aquella noche no por el dinero ni por las entradas vendidas, sino por la cantidad de gente que sintió que algo propio estaba en peligro.

Camará vivió esas horas desde una posición especialmente cruel. Debía escuchar a los médicos y, al mismo tiempo, mantener ante el torero una serenidad que ya no sentía. Había sido el hombre que protegía a Manolete de empresarios, viajes inútiles y conflictos profesionales; ahora no podía protegerlo de su propia sangre perdida. Esa impotencia aparece detrás de sus testimonios posteriores, cargados de emoción y a veces de contradicciones comprensibles.

Cuando se solicitaron nuevos especialistas, el tiempo de la carretera volvió a ser decisivo. Los médicos de Madrid podían tener experiencia extraordinaria en cornadas, pero primero debían llegar. Cada kilómetro separaba el conocimiento de un cuerpo que empeoraba. La noche de Linares fue, en ese sentido, también una tragedia de la medicina y de las distancias de su época.

XV. Lupe y las puertas

La figura de Lupe Sino ha quedado unida para siempre a la última noche de Manolete porque representa todo aquello que el torero todavía esperaba vivir. Actriz, mujer de mundo en una sociedad que juzgaba con dureza a quien se apartaba del modelo femenino dominante, Lupe había encontrado en Manuel Rodríguez un hombre que detrás de la seriedad pública podía ser afectivo, celoso, vulnerable y decidido a construir con ella una relación que no todos aceptaban.

Las versiones sobre su llegada al hospital y sobre quién impidió que entrara en la habitación difieren. Algunas memorias describen intentos de matrimonio in articulo mortis; otras atribuyen a familiares o amigos una negativa terminante. Lo que no debe hacerse es transformar esas versiones en una escena de melodrama perfectamente documentada. En una noche de urgencia, miedo y jerarquías sociales, las decisiones pudieron ser contradictorias y cambiantes.

Aquella puerta condensaba, sin embargo, todo el significado humano de la situación. Dentro yacía un hombre que horas antes había hablado de matrimonio y retirada. Fuera estaba la mujer con la que asociaba ese futuro. Entre ambos se interponían la sangre perdida, la medicina de 1947 y una red de convenciones sociales que convertía una relación amorosa en materia de juicio público.

Manolete no necesitaba saber que Lupe estaba cerca para que su presencia formara parte de la tragedia. Había imaginado una vida posterior al toreo. Esa vida era la verdadera rival de Islero, no Luis Miguel. Lo que el toro destruyó no fue sólo una carrera, sino un conjunto de mañanas todavía no vividas: la casa, los viajes sin contrato, el descanso, las discusiones domésticas, la posibilidad de envejecer hasta que el nombre de Manolete fuera un recuerdo de juventud y no una fotografía detenida a los treinta años.

En el hospital, Camará seguía junto al torero. Álvaro Domecq y otros amigos permanecían atentos. Llegó Domingo Ortega y se acercó a la cama. Los testimonios recuerdan un saludo breve y la impresión devastadora que le produjo el estado del herido. El maestro comprendió que la lucha estaba muy avanzada y que las palabras podían hacer poco.

Los médicos que venían desde Madrid avanzaban por carreteras nocturnas. La velocidad tenía límites materiales. No había helicópteros sanitarios, unidades de cuidados intensivos modernas ni bancos de sangre con la organización actual. Cada decisión médica se tomaba con los recursos disponibles y bajo una presión extraordinaria. Juzgarla décadas después exige distinguir entre hipótesis y pruebas.

La controversia del plasma nacería precisamente de esas horas. Hubo transfusiones, hubo dificultades para que el organismo respondiera y se utilizó plasma. Familiares y estudios posteriores plantearon la posibilidad de una reacción adversa o de un producto en malas condiciones. Otros médicos y especialistas subrayaron la magnitud de la lesión vascular y del shock previo. Lo único que permite la documentación registral es afirmar que la muerte fue inscrita como consecuencia de un «shock traumático». Todo lo demás exige cautela.

La madrugada se acercaba a las cuatro. El cansancio de quienes rodeaban la cama se mezclaba con una vigilancia absoluta. Nadie quería apartarse por miedo a que, durante unos minutos de ausencia, ocurriera lo definitivo.

La presencia de Lupe alrededor del hospital fue también una colisión entre dos Españas. Por un lado, la vida pública del torero, vigilada por una familia y por unas convenciones sociales estrictas; por otro, la relación privada que él había elegido. Lupe no encajaba en el modelo de esposa que muchos imaginaban para el ídolo cordobés, y esa diferencia alimentó juicios que sobrevivieron durante décadas. La tragedia ofreció a esos prejuicios un escenario especialmente cruel.

No es necesario decidir aquí quién cerró exactamente qué puerta. Las fuentes no permiten una reconstrucción completamente segura y las memorias se contradicen. Lo relevante es que la mujer con la que Manolete proyectaba casarse no pudo compartir con normalidad sus últimas horas. Esa ausencia se convirtió después en una herida paralela, íntima y difícil de separar de la leyenda.

Dentro de la habitación, el torero estaba demasiado débil para resolver conflictos sentimentales. La medicina ocupaba todo. Fuera, sin embargo, cada minuto añadía tensión a las relaciones entre amigos, familia y representantes. La muerte próxima suele simplificar desde lejos las prioridades; en el lugar de los hechos, en cambio, las personas continúan siendo quienes eran, con sus afectos,

temores, jerarquías y rencores.

El contraste con la conversación de la carretera resultaba insoportable para quienes la conocían. Menos de un día antes, Manolete había hablado de casarse como quien organiza una vida futura. Ahora esa posibilidad dependía de una puerta, de médicos que pedían espacio y de un cuerpo que perdía fuerzas. La tragedia no necesitaba ninguna profecía añadida; bastaba con comparar esas dos escenas.

XVI. Los últimos médicos

«Islero a Manuel reta. Manuel a su isla va.»

Gerardo Diego, «Adiós a Manolete»

Luis Jiménez Guinea llegó de madrugada. Su prestigio como cirujano vinculado a Las Ventas hacía de él una presencia esperada casi como la de un salvador. También acudieron otros médicos. Examinaron a Manolete, revisaron lo realizado y valoraron un organismo que había soportado durante horas una hemorragia masiva y un shock profundo.

La medicina intentó ganar tiempo con transfusiones y plasma. El estado general, sin embargo, se deterioraba. Los riñones comenzaban a fallar y la circulación periférica era cada vez peor. Manolete notó alteraciones en las piernas. Los testimonios posteriores le atribuyen frases en las que avisaba al doctor de que dejaba de sentir primero una y luego la otra. Más tarde habría dicho que no veía. Aunque la literalidad de cada palabra no pueda garantizarse, la secuencia es compatible con el agravamiento extremo de su situación.

El torero que tantas veces había dominado el miedo mediante la inmovilidad se encontraba ahora en un combate donde la voluntad tenía poco poder. Camará seguía a su lado. Cantimplas, Guillermo y otros hombres de confianza entraban o aguardaban cerca. Las horas de hospital borraron las jerarquías taurinas. Ya no había maestro, apoderado, subalterno o empresario; había amigos observando cómo un cuerpo joven se apagaba.

Cuando la medicina dejó de ofrecer seguridades, la dimensión espiritual de aquellas horas adquirió una presencia natural. Don Antonio de la Torre, capellán del Hospital del Patronato de los Marqueses de Linares, prestó a Manolete los últimos auxilios religiosos. No acudía a un hombre ajeno a la fe que, llevado por el miedo, buscara una protección desconocida, sino a un católico que había vivido su religiosidad con reserva y constancia. El sacerdote encontraría en aquella habitación la misma disposición que había acompañado al torero antes de tantas corridas: la confianza última depositada en Dios cuando el dominio

humano alcanzaba su límite.

Cerca del final recibió los santos sacramentos. La escena no necesitó dramatización. Mientras los médicos seguían atentos a la respiración y al pulso, el capellán cumplió su ministerio y los amigos guardaron el silencio que imponía la gravedad del momento. Después, las fotografías difundidas por *El Ruedo* mostrarían un crucifijo entre las manos de Manolete. La imagen resultaba coherente con una vida espiritual cuyo centro mariano había sido la Virgen de los Dolores y con una manera de creer que, como tantas cosas en él, había preferido siempre la intimidad al exhibicionismo.

Fuera del hospital, las radios mantenían despiertos a miles de españoles. La muerte de un torero de esa categoría no era una noticia sectorial. Manolete había atravesado las fronteras de la afición hasta convertirse en símbolo de una época. En casas donde jamás se compraba una entrada de toros, la gente conocía su rostro y su nombre. La posibilidad de que muriera en Linares se transmitía de vecino a vecino como una catástrofe nacional.

A las cinco de la madrugada el estado entró en fase agónica. Durante décadas, libros y crónicas fijaron la muerte a las cinco y siete minutos. Esa hora se convirtió en tradición porque estaba presente en publicaciones muy cercanas a los hechos. Sin embargo, la documentación judicial y registral conservada en Jaén establece las cinco y quince como hora oficial de la defunción. La diferencia de ocho minutos no cambia la tragedia, pero recuerda que incluso los acontecimientos más famosos contienen pequeñas fracturas documentales.

En la habitación, nadie pensaba en historiografía. Cuando la respiración se hizo más débil, los hombres se acercaron. El silencio adquirió esa densidad especial que antecede a una certeza que nadie quiere pronunciar. Manolete inclinó la cabeza. Los médicos comprobaron lo que ya temían.

Manuel Laureano Rodríguez Sánchez había muerto.

Tenía treinta años.

La última corrida completa de su vida había sido dos días antes, en Santander. La última faena había terminado en una estocada que mató al toro y abrió la herida que acabaría con él. En el hospital de Linares, la biografía dejó de avanzar y comenzó la leyenda.

La llegada de Jiménez Guinea concentró esperanzas que quizá ningún médico

podía satisfacer. Los toreros confiaban especialmente en los cirujanos habituados a las cornadas porque entendían mejor que otros la combinación de destrozo muscular, contaminación y lesiones vasculares. Pero el problema principal de Manolete no era ya sólo reparar una herida: era recuperar un organismo sometido durante horas a una pérdida de volumen y a un shock profundo.

Las transfusiones y el plasma deben entenderse en el contexto médico de la época. Se trataba de recursos valiosos, pero su manejo no contaba con los controles, protocolos y medios de monitorización posteriores. Que surgieran reacciones o dudas no resulta extraño. Lo que sí resulta arriesgado es convertir retrospectivamente una hipótesis en sentencia. La muerte de Manolete fue inscrita como shock traumático, y la magnitud de la cornada basta para explicar un desenlace fatal aunque otros factores pudieran haber contribuido.

A medida que perdía sensibilidad y visión, la habitación se fue desprendiendo de cualquier esperanza verbal. Los hombres que lo rodeaban dejaron de fingir conversaciones normales. Don Antonio de la Torre permanecía cerca y el crucifijo resumía, sin necesidad de palabras, una continuidad que había comenzado mucho antes de Linares. El hombre que se había encomendado a la Virgen de los Dolores antes de vestirse de luces afrontaba ahora el final dentro de la misma fe. No hubo escenografía buscada ni una conversión de última hora: hubo sacramentos, oración y la sobriedad de un creyente que llegaba a la muerte acompañado por los signos religiosos que habían formado parte de su vida.

El reloj avanzó hacia las cinco. Cada fuente posterior fijaría minutos distintos, como si la precisión pudiera dar orden al dolor. Para Camará, Guillermo o Cantimplas, la hora exacta debió de importar menos que el momento en que comprendieron que el cuerpo ya no respondía. La diferencia entre las 05:07 de la tradición y las 05:15 del registro pertenece a los historiadores; el silencio de la habitación pertenece a quienes estaban allí.

XVII. Cinco y cuarto

Después de una muerte, los objetos adquieren una quietud extraña. La cama, las sábanas, las vendas, el vaso de agua, los restos de medicación y el crucifijo dejan de pertenecer a una acción y se convierten en pruebas de que algo ha terminado. Los hombres que rodeaban a Manolete permanecieron unos instantes sin saber qué hacer con las manos. Camará había pasado años decidiendo cada detalle de la carrera del torero; ahora no existía ninguna decisión capaz de alterar lo ocurrido.

Alguien cerró los ojos del muerto. Las fotografías muestran un rostro sorprendentemente sereno, casi idéntico al que tantas veces había descansado en habitaciones de hotel después de una corrida. El crucifijo permaneció junto a él y don Antonio de la Torre, el capellán que le había prestado los últimos auxilios espirituales, quedó unido para siempre a las imágenes de aquella madrugada. Esa continuidad entre la fe vivida en silencio, la oración previa a las corridas y los sacramentos recibidos al final impresionó también a los periodistas de la época. *El Ruedo* hablaría de una tragedia con dimensiones de leyenda y publicaría fotografías del cadáver, del sacerdote y de los hombres que habían permanecido a su lado.

La noticia salió del hospital antes que el cuerpo. Las emisoras la difundieron y España despertó sabiendo que Manolete había muerto. Los periódicos tuvieron que rehacer titulares y completar crónicas enviadas la tarde anterior, cuando todavía se hablaba de una «grave cogida» sin conocer el desenlace. Linares, hasta entonces ciudad de feria, quedó convertida en un nombre unido para siempre a una muerte taurina.

Las explicaciones comenzaron casi inmediatamente. Miura, el sino familiar, la rivalidad con Luis Miguel, el plasma, los pitones de Islero, el sorteo, la superstición de los colores. Cada versión ofrecía la tranquilidad falsa de una causa ordenada. Pero la secuencia histórica es a la vez más sencilla y más terrible: un toro difícil, un torero que quiso someterlo, una entrada a matar ejecutada con su concepto habitual, una cornada vascular devastadora y una hemorragia que la medicina de 1947 no consiguió revertir.

El cuerpo sería trasladado a Córdoba, donde la multitud convertiría el entierro

en una manifestación de duelo colectivo. Esa historia pertenece ya al día siguiente y queda fuera del núcleo de estas setenta y dos horas. Lo importante aquí es el instante en que quienes habían viajado con él comprendieron que regresarían sin él.

Bellón recordaría la carretera de Manzanares y la conversación sobre el futuro. Guillermo recordaría las advertencias antes de la estocada. Cantimplas, el cigarrillo. Pinturas, la primera queja. Camará, las horas interminables junto a la cama. Cada testigo conservaría una pieza y, al contarla, contribuiría sin querer a construir un mosaico donde memoria, dolor y leyenda terminarían mezclándose.

En algún baúl seguía el traje blanco y oro de Santander, demasiado sucio para haber sido utilizado en Linares. La casualidad de la lavandería se convirtió así en una especie de marcador temporal: el traje del hombre que salió andando de Cuatro Caminos y el traje rosa del torero que no regresó del ruedo de Linares.

Afuera amanecía.

La muerte de Manolete modificó de inmediato la relación de todos los presentes con lo que habían vivido. Bellón dejó de ser simplemente un amigo que había compartido un viaje para convertirse en depositario de una conversación última. Camará pasó de apoderado a testigo central. Los subalternos recordarían advertencias, frases y movimientos con una intensidad que el dolor podía fijar y deformar al mismo tiempo. Esa es la materia de la memoria testimonial: valiosa precisamente porque es humana, no porque sea infalible.

Los periódicos necesitaban construir una explicación antes de que existiera tiempo para investigar. El apellido Miura ofrecía un marco perfecto. La genealogía de la ganadería, sus víctimas anteriores y la relación familiar de Manolete con Pepete permitían escribir una tragedia circular. Más tarde aparecerían el plasma, los pitones, el sorteo y las tensiones sentimentales. Cada elemento añadía una capa narrativa sobre un hecho cuyo núcleo seguía siendo una cornada.

El cadáver fue preparado para el traslado a Córdoba. Fuera de la habitación, los teléfonos no dejaban de sonar. La noticia cruzó España y llegó también a América, donde Manolete había alcanzado una popularidad extraordinaria. La muerte confirmó algo que su carrera ya había demostrado: el torero era un fenómeno que desbordaba el espacio habitual de la Fiesta.

Antes de salir de Linares, quienes habían llegado con él tuvieron que enfrentarse a una realidad práctica: equipajes, trajes, automóviles, objetos personales. Nada resulta más doloroso que ordenar las pertenencias de quien ya no puede reclamarlas. Entre esas cosas estaban los vestidos de luces. El rosa pálido había sido cortado por los médicos; el blanco y oro de Santander permanecía intacto, ligado de pronto a una tarde que todos recordarían como la última normal.

XVIII. La última plaza de la que salió andando

«La fecha, de un agosto. La plaza, de Linares.»

Rafael Duyos, versos dedicados a Manolete

Santander no supo el 26 de agosto que estaba conservando una despedida. Durante la corrida de Beneficencia, los aficionados aplaudieron a Manolete porque había cumplido con toros poco propicios y porque su figura seguía imponiendo respeto. Lo vieron atravesar la arena, cruzar la puerta y volver al hotel. Nadie detuvo el tiempo. Dos días después, la noticia de Linares transformó aquella tarde en un documento final.

Con los años, una placa recordaría en la plaza santanderina que el diestro había salido entre aplausos por aquellas puertas y que dos días después su muerte en otro ruedo lo franqueaba hacia la gloria. La inscripción pertenece al lenguaje conmemorativo, donde la muerte ordena el pasado y le otorga una dirección que los vivos no percibieron. Para comprender verdaderamente las últimas horas de Manolete conviene invertir ese mecanismo y devolverle la incertidumbre.

El Manolete de Santander no caminaba hacia la muerte. Caminaba hacia Madrid. El de Madrid no se despedía del mundo; organizaba un viaje. El de Manzanares cenaba y discutía de Joselito y Belmonte. El conductor nocturno hablaba con Bellón de dejar pronto los ruedos porque suponía que existía una vida después de ellos. El hombre de la habitación 42 respondía a los periodistas sobre matrimonio y cansancio. Incluso el torero que tomó la muleta ante Islero buscaba una victoria, no un sacrificio.

Sólo cuando el pitón entró en el muslo derecho comenzó la tragedia que hoy conocemos. Hasta entonces, todo era futuro.

Esa es la razón por la que Santander ocupa un lugar esencial en la historia de las últimas setenta y dos horas. Linares posee la cornada, el hospital y la muerte. Santander conserva al hombre todavía entero, cansado pero capaz de subir a una terraza, desayunar una tortilla francesa, vestirse de blanco y oro y salir andando

de una plaza. En ese contraste está la medida humana de Manolete.

La leyenda lo convirtió en estatua vertical, en héroe condenado, en víctima de un Miura que parecía aguardarlo desde generaciones atrás. La documentación permite una imagen más compleja y quizá más grande: la de un profesional que conocía el riesgo, que estaba agotado por la fama y la exigencia, que pensaba retirarse, que quería casarse y que, aun así, cuando llegó el quinto toro de Linares, no supo ni quiso administrar su responsabilidad.

El último gesto taurino de su vida no fue una manoletina, sino una estocada. Manolete hundió la espada mientras Islero hundía el pitón. El toro murió en la plaza. El torero murió horas después en el hospital. Entre ambas muertes se levantó una noche de médicos, sangre, teléfonos, rezos y amigos que intentaron ganar un tiempo que ya se escapaba.

Cuando el 29 de agosto de 1947 amaneció sobre Linares, Manuel Rodríguez había dejado de pertenecer sólo a su familia, a Lupe, a Camará o a la historia del toreo. Se había convertido en una figura nacional sobre la que cada generación proyectaría sus propias ideas de valor, destino y tragedia.

Pero antes de todo eso hubo una terraza frente al mar.

Hubo un traje blanco y oro.

Y hubo una puerta en Santander por la que Manolete salió andando mientras el público aplaudía.

La placa de Santander resume la historia con la contundencia de una inscripción: salió entre aplausos por aquellas puertas y dos días después la muerte le abrió otro ruedo. Las piedras no pueden contener matices. Entre una puerta y otra hubo carreteras, comidas, sueño, bromas, entrevistas, decisiones profesionales y proyectos de matrimonio.

Ese espacio intermedio es el verdadero territorio de estas setenta y dos horas. No se trata de buscar señales de un destino cerrado, sino de observar cómo una vida ordinaria dentro de lo extraordinario se interrumpe. Manolete no fue más valiente porque supiera que iba a morir; fue valiente porque no lo sabía y actuó como había actuado cientos de veces, confiando en que después habría otra habitación, otra carretera y otra mañana.

La memoria taurina ha hecho de Islero un nombre inseparable de Manolete,

pero el toro vivió también sin conciencia de la leyenda. Era un animal criado en la ganadería de Miura, sorteado para una corrida de feria, lidiado según las reglas y muerto por una estocada. La tragedia nace precisamente de esa ausencia de intención. Ni el toro perseguía un destino ni el torero buscaba una inmolación. El encuentro fatal fue el resultado extremo de un oficio construido sobre el riesgo.

Por eso la última imagen de Santander conserva una fuerza distinta a las fotografías del hospital. Allí Manolete sigue caminando. Todavía puede equivocarse, cambiar de opinión, casarse, retirarse, torear siete corridas al año o no torear ninguna. La puerta de Cuatro Caminos no es sólo la salida de una plaza: es el último lugar donde todas esas posibilidades permanecieron abiertas.

Fuentes principales y nota documental

- *MANOLETE. Las últimas 48 horas. Santander - Madrid - Manzanares - Linares. 26-29 de agosto de 1947*, dossier histórico y documental aportado.
- *El Ruedo*, Madrid, 4 de septiembre de 1947, número extraordinario dedicado a la muerte de Manolete. Especialmente los testimonios de José Flores «Camará», Pinturas, Cantimplas, Guillermo, Ramón Atienza y otros miembros de la cuadrilla.
- Julia Rivera, «Manolete: última entrevista, última crónica, penúltimo recuerdo», *Anuario Taurino*, 2007, documento aportado.
- Recortes y fotografías aportados sobre la estancia de Manolete en Santander, la Corrida de Beneficencia y la placa conmemorativa.
- Para los breves interludios poéticos se han contrastado antologías y recopilaciones taurinas que atribuyen los textos a Agustín de Foxá, Adriano del Valle, Alfredo Marqueríe, Gerardo Diego, José García Nieto y Rafael Duyos.

Nota sobre la hora de la muerte: una parte importante de la bibliografía taurina tradicional fijó las 05:07. La documentación registral y judicial citada en el dossier establece las 05:15 del 29 de agosto de 1947, con «shock traumático» como causa registrada. Esta edición adopta 05:15 como referencia documental.